

Un récord de fracasos

Hechos da a conocer muchos éxitos, pero no ignora algunos fracasos los cuales también enseñan lecciones eternas sobre redención. Este libro contiene tantos maravillosos eventos que algunas veces uno está propenso a olvidar que las desilusiones —y hasta los fracasos— también están registradas aquí.

Cada evento que se encuentra en los libros previos de la Biblia apunta hacia los eventos de Hechos. Cuando se leen juntos los treinta y nueve libros del Antiguo Testamento, ciertamente crean expectativas: Dios le hizo promesas a Abraham (Génesis 12.1–3; 22.17–18); les prometió a Moisés y a los Israelitas que él levantaría a un profeta como Moisés (Deuteronomio 18.15); y prometió poner a uno de los hijos de David en el trono del Mesías (2 Samuel 7.12–13). Además, se hicieron predicciones a través de los profetas tardíos, Isaías, Joel, Miqueas y Daniel. El “monte de la casa de Dios” (Isaías 2.2) con su nueva forma de enseñanza, el derramamiento del Espíritu Santo sobre toda carne y el establecimiento de un reino el cual nunca sería destruido, debían todavía ser conocidos o experimentados.

El mensaje de los primeros cuatro libros del Nuevo Testamento continuó apuntando hacia algo que todavía estaba por suceder. Esto fue lo que Jesús dijo: “Edificaré mi iglesia” (Mateo 16.18). Él prometió que algunos de los que en ese tiempo vivían, no morirían en ningún sentido, sin antes ver el reino de Dios venido con poder (Marcos 9.1). Justo antes de su ascensión, les dijo a los apóstoles que se quedarán “en la ciudad de Jerusalén hasta que [fueran] investidos de poder desde lo alto” (Lucas 24.49).

En los libros del Nuevo Testamento, que siguen después de Hechos, es fácil ver que ya habían ocurrido grandes cambios. Había “iglesias” en Galacia (Gálatas 1.2) y Asia (Apocalipsis 1.4). Se estaban observando nuevas y diferentes prácticas —tales como la “Cena del Señor” (1 Corintios 11.17–34), las contribuciones semanales (1 Corintios 16.1–2), y el orar en el nombre de Jesucristo (1 Tesalonicenses 5.17–18; 1 Timoteo 2.5; Efesios 5.20). Hebreos 8.6–7 incluso menciona un cambio de pactos con Dios.

Por lo tanto, Hechos ocupa un lugar central en el proceso de revelación de Dios. Es el “eje” de la Biblia, el centro del gran esquema de los planes de redención de Dios. Contiene los eventos medulares que activan la salvación por gracia que ofrece el Padre, y que fue comprada con la preciosa sangre de su Hijo (Hechos 20.28).

Hechos no es más importante que cualquiera de los otros sesenta y cinco libros inspirados, sin embargo, es la clave para la comprensión de todos ellos. El no comprender lo que ocurrió en Hechos imposibilitaría la comprensión correcta de todos los otros libros. Piense por un momento cómo sería si Hechos no se encontrara en la Biblia. La brecha, imposible de cerrar, que quedaría, sólo podría llevar a la confusión. Un vacío misterioso bloquearía cualquier avance hacia la comprensión del diseño de Dios para todas las edades.

ÉXITOS

Cerca de tres mil miembros fueron añadidos a la iglesia, el primer día de la invitación del Señor (Hechos 2.41). Esta cantidad rápidamente creció hasta llegar a más de cinco mil hombres, sin contar

a las mujeres y a los niños (Hechos 4.4). Las multitudes continuaron respondiendo en los días posteriores (Hechos 5.14). Empezaron a verse grandes despertares espirituales y respuestas en todo lugar, tal como en Samaria (Hechos 8.4–8). Incluso el continente de África fue alcanzado por este fervor en el “despertar de un hombre”, del etíope (Hechos 8.26–39).¹

Saulo de Tarso maniobraba agresivamente en contra de estos primeros triunfos para Jesús; pero pronto, él mismo se convirtió en uno de aquellos triunfos (Hechos 9.1–22). Sus viajes misioneros, sin paralelo y sin precedente, ayudaron a esparcir el evangelio a otros continentes a través de todo el mundo conocido del primer siglo. Hechos, verdaderamente, registra estimulantes éxitos y triunfos.

MÁS FRACASOS QUE ÉXITOS

Al principio, cuando más de un millón de visitantes² se reunieron en Jerusalén para las fiestas judías, sólo *cerca de tres mil* hicieron caso al llamado de Pedro a arrepentirse y a bautizarse. “Así que, los que recibieron su palabra” fueron los que se bautizaron (Hechos 2.41). ¿Y qué de los que *no recibieron la palabra*? La proporción de respuestas no fue muy alta, considerando la multitud que oyó el evangelio siendo predicado en aquel trascendental día. Dado que la ley de Moisés fue dada para llevar la nación judía a aceptar a Cristo cuando éste viniera (Gálatas 3.24), y dado que esta enseñanza y cultura había estado nutriendo a los judíos por casi mil quinientos años, es algo desilusionante el ver a sólo un 0,003 por ciento aceptando estas verdades!

Fueron más fracasos que éxitos los que sucedieron en Jerusalén ese primer día, a razón de las cantidades de gente que respondió versus las cantidades de gente que no respondieron. Había visitantes procedentes de quince naciones presentes (Hechos 2.9–11), y Jerusalén era una virtual “ciudad de tiendas de campaña”. Todas las casas y edificios debieron haber estado repletos de visitantes, y todos los espacios libres en las calles y áreas de mercado debieron haber estado llenos de tiendas de campaña. Una mirada a las faldas de las colinas circundantes hubiera mostrado un paisaje cubierto de familias, provenientes de todo el mundo,

¹ La historia señala que durante el segundo y tercer siglos, había congregaciones prosperando por todo Etiopía y otras naciones africanas cercanas. Uno se pregunta si tal vez fueron ¡el resultado del despertar de un día de este hombre!

² ¡Algunos historiadores calculan la multitud entre 1.5 a 2 millones de visitantes!

acampando dentro de sus tiendas.

De seguro que era estimulante y maravilloso el ver a tres mil o más siendo bautizados aquel día, pero *¿y qué de los que oyeron la palabra y no la recibieron?* Lucas no dice nada acerca de ellos, sin embargo, los estudiantes de la Biblia deben leer entre líneas y darse cuenta de que las vastas multitudes no respondieron.

Lucas escribió después que “muchos de los que habían oído la palabra, creyeron” (Hechos 4.4), pero *¿y qué de aquellos que no se incluyeron dentro de los “muchos”?* Lucas no dijo “la mayoría”; sólo dijo “muchos”. “Muchos” también oyeron y *no* creyeron.

Además, ¿quiénes apedrearon a Esteban? ¿No estaban estos judíos dentro de los que habían oído la verdad del evangelio? Si no la oyeron anteriormente, es seguro que la oyeron de labios de Esteban aquel día (Hechos 7.1–54). Hechos registra que una terrible persecución se desató en contra de la iglesia que estaba en Jerusalén, tan terrible que los discípulos fueron esparcidos lejos de sus hogares, trabajos y familias (Hechos 8.1–4). Obviamente, la mayoría de los judíos, que estaban en Palestina, no aceptaron el evangelio.

Posteriormente, ¿quiénes fueron los que buscaron la forma de matar a Saulo de Tarso cuando éste fue bautizado en Damasco? Éste se dio cuenta del complot que tramaban judíos disidentes con el fin de matarlo, y escapó de la ciudad por medio de ser bajado a través de un muro dentro una canasta (Hechos 9.23–25). Aunque Pablo regresó a Jerusalén, sus discusiones con los judíos helénicos dieron como resultado otros intentos de matarlo, entonces los discípulos lo enviaron a Tarso (Hechos 9.29–30).

Incluso donde Lucas expresó que “muchos de los corintios, oyendo, creían y eran bautizados” (Hechos 18.8), no dijo nada acerca de los que no creyeron. Registró que el discutir de Pablo con los judíos, todos los días de reposo, creó tanta blasfemia y oposición que Pablo dejó de ir a la sinagoga y enseñó en la casa de Justo la cual se encontraba cerca (Hechos 18.4–7). Uno está obligado a preguntarse acerca de todos los ciudadanos de Corinto (por este tiempo, la población se decía que era cerca de 0,25 millones de personas) que no estaban incluidos dentro de los “muchos”.

UN FRACASO DETALLADO

Félix era gobernador de Palestina para el tiempo en que Pablo fue arrestado en Jerusalén (Hechos 23.24). Pablo había sido arrestado bajo cargos inventados, de haber tomado a un gentil llamado

Trófimo, con él, cuando entró en el templo para asistir a cuatro hombres en el cumplimiento de sus votos (Hechos 21.17–24, 27–29). Pablo era inocente de los cargos, pero fue arrestado de todas maneras. Se le dio tiempo de hacer una defensa ante el concilio (Hecho 22.30; 23.1–10), pero un continuo alboroto y un complot, llevado a cabo por más de cuarenta hombres, para matar a Pablo causaron que Claudio Lisias, el tribuno de la guardia romana que estaba en Jerusalén, lo enviara a Cesarea (Hechos 23.9–13, 31–33).

Félix y su esposa judía, Drusila (Hechos 24.24), le dieron a Pablo una audiencia especial algunos días después. Pablo aprovechó la ocasión para predicar acerca de “la justicia, del dominio propio y del juicio venidero” (Hechos 24.24–25). Lucas expresó que Félix, al oír esta clase de predicación se aterrorizó. No obstante, esperando que Pablo le diera algún dinero, demoró cualquier decisión para “cuando [tuviera] oportunidad” (Hechos 24.25–26). Que tal oportunidad alguna vez llegara ¡es algo que Lucas no registró! Félix fue sucedido en menos de dos años por Porcio Festo y no fue más registrado en los escritos inspirados.

Félix despliega una trágica paradoja. Sus antecedentes y educación eran tan impíos que es sorprendente el hecho que mostrara algún interés en los desafíos espirituales presentados por Pablo. Había nacido como esclavo, creció como cortesano entre los palacios, y rápidamente aprendió la astucia que se necesitaba para lisonjear a los que le concedieran favores. Estaba dispuesto a hacer muchos crueles y salvajes actos con tal de ganar favores, incluso el matar a Jonatán el sumo sacerdote de los judíos, y el involucrarse en la masacre de cerca de cuatrocientos sacerdotes judíos. Josefo un reconocido historiador judío, no lo describió con mucha adulación. Otro historiador temprano, Tácito, alabó a Félix como a alguien con “el alma de un esclavo y el poder de un soberano”. Félix finalmente ascendió al poder como el gobernador, y fue famoso por sus represalias en contra de los judíos.

La codicia y espíritu traicionero de Félix se ven también en el hecho de que le había robado la esposa a Aziz, el rey de Emesa, una mujer de la familia herodiana, Drusila. El bisabuelo de ella, Herodes el Grande, había ordenado la matanza de los bebés en Belén en el tiempo del nacimiento de Jesús (Mateo 2.16–18). Su tío abuelo, Herodes Antipas, había ordenado la ejecución de Juan el Bautista (Mateo 14.1–12). El padre de ella, Herodes Agripa, había matado al apóstol Jacobo, el hermano de Juan, y había deseado matar a Pedro también (Hechos 12.1–2). Es difícil imaginarse a una pareja

que fuera más egoísta, codiciosa, agresiva y traicionera. Si alguna vez alguna pareja impía tuvo necesidad del evangelio, ella era la formada por Félix y Drusila.

¡Cuánto debieron haber odiado los judíos a Pablo, hasta el punto de someterlo a juicio ante este hombre! Despreciaban a Félix, pero es evidente que despreciaban a Pablo aún más.

La predicación que oyó

Pablo predicó acerca de “la justicia, del dominio propio y del juicio venidero” (Hechos 24.25). No vaciló en confrontar a estos famosos fornicadores. No evitó a adúlteros quienes tenían necesidad de las advertencias de Dios. No omitió instrucciones acerca de sus obvios pecados. No soslayó las situaciones destructivas de las vidas de ellos.

Habló de “justicia”, de la forma recta de vivir, a una pareja que era tan injusta como nadie. Les habló de “dominio propio” a dos personas que destrozaban a cualquiera que se interpusiera en su búsqueda de gratificación de sus deseos egoístas. Les habló del “juicio venidero”, sin omitir las trágicas consecuencias que les esperaban si no se volvían a Dios.

El denuedo de Pablo como predicador del evangelio resplandece aquí; les habló a Félix y a Drusila, no solo acerca de la voluntad de Dios para sus vidas, sino también, acerca de lo que les pasaría después de la vida, si no se arrepentían. No se anduvo con rodeos; acerca de los pecados de ellos; les habló directamente acerca de sus pecados y de las consecuencias que vendrían. Pablo pudo haber predicado acerca de docenas de otros buenos y santos temas, pero él “le predicó al problema”. Conociendo los antecedentes de Félix como el verdugo de cientos de judíos, Pablo sabía perfectamente que, con sólo un gesto de la mano de Félix, su propia vida podía ser sofocada. No vaciló, no soslayó la cuestión; *¡le predicó el evangelio a pecadores!* ¡Qué bueno sería que los predicadores desde los púlpitos, hoy día, retornaran a la predicación de la verdad de Dios a pecadores acerca de sus pecados! ¿De qué otra manera podrían sus pecados ser perdonados?

La respuesta que dio

Félix estaba espantado. Tal vez oyó los pasos de la perdición eterna llegándole por detrás, rápidamente hasta alcanzarlo con su estilo impío de vida. No pudo soportar más la charla directa sobre el pecado, así que, despidió a Pablo, hablando sin convicción acerca de una oportunidad cuando llamaría a Pablo otra vez. Lucas registró que Félix

“esperaba” hacer un trato con Pablo a cambio de dinero. ¡Aún entonces estaba dispuesto a ser sobornado!

¡Drusila fue completamente diferente! No se dice nada acerca del efecto del sermón de Pablo en ella. El hecho de haber sido criada dentro de la cultura judía y el haber estado bien familiarizada con la ley de Moisés, indica que evidentemente había tomado una decisión muchos años atrás. Su intención era continuar en la senda del egoísmo, rehusándose a hacer caso de ninguna advertencia espiritual de una persona de la cual creía que era un fanático religioso. El evangelio, evidentemente rebotó de su corazón, lo cual, en apariencia, indica que era el tipo de suelo “junto al camino” (Lucas 8.5, 12).

Félix expresó un deseo por responder “cuando [tuviera] oportunidad”. ¿Acaso es oportuno el convertirse a Cristo? Una de las primeras instrucciones que Jesús les da a las personas que lo habían de seguir es que debían negarse a sí mismas (Mateo 16.24). Es difícil que algún día sea oportuno para negarse uno sus propios deseos. La verdadera razón para la demora de Félix y para rehusarse debió haber sido su desgano en deshacerse del pecado y de su ego. Si su corazón había sido verdaderamente tocado por el evangelio de Jesucristo, entonces ese corazón debió haber permitido que los furiosos torrentes de lascivia, codicia, orgullo, ambición y egoísmo apagarán las ardientes chispas de verdad.

¿Cuándo habría sido oportuno que Félix le devolviera a Drusila al rey Aziz y le pidiera disculpas por haberle robado su esposa y por haber vivido en adulterio con ella? Es difícil creer que Félix hallara un tiempo oportuno para hacer todo ello. Más bien, habría sido una humillación de las

más grandes. ¿Cuándo habría sido oportuno el pedirle disculpas a la nación judía por el asesinato de sus sacerdotes? No hubiera habido oportunidad para ello tampoco.

El convertirse a Cristo no sucede cuando es oportuno —;no sucede para nadie! El convertirse a Cristo es costoso. Cuesta todo lo que concierne a una persona: cuesta todo lo que una persona tiene; cuesta todo lo que la persona alguna vez haga o sea. Su prioridad más grande es la autonegación. El convertirse a Cristo es dejar de vivir por las deseos e ideas propias. El convertirse a Cristo significa convicción, consagración, compromiso y denuedo. ¡Nadie llega a Cristo porque es oportuno!

CONCLUSIÓN

Hechos es un libro lleno de emocionantes conversiones a Cristo, sin embargo, contiene insinuaciones de muchos fracasos y registra casos de pecadores que se rehusaron a obedecer el evangelio. Uno de los más prominentes de entre los que se rehusaron fue Félix. Éste ha entrado a la historia eterna como el triste caso de uno que buscaba la manera de hacer un trato favorable —y Dios no le ha ofrecido nunca a nadie tratos favorables.

La paga del pecado es todavía la muerte (Romanos 6.23). Por otro lado, la dádiva de Dios es todavía la vida eterna en Cristo. La opción siempre ha sido de cada individuo. Dios continúa ofreciendo salvación. Cristo continúa a la puerta del corazón de cada oyente, tocando y buscando cómo entrar (Apocalipsis 3.20–22). En comparación con las terribles cargas y consecuencias del pecado, el yugo de Cristo es fácil y ligera su carga (Mateo 11.28–30). ◆